

Reinaldo Arenas y Roberto Bolaño bajo la lupa de sus críticos

Mario Javier Pacheco

Mi hermano Oscar es médico, y acudo a él para que ausculte mis males, así no sean de su especialidad. Lo prefiero, a soportar el suplicio de las EPS, que asignan cita un mes después, cuando ya uno no se acuerda para qué la pidió.

Mi hermano aprendió conmigo a escribir en letra palmer y cuaderno ferrocarril, pero las fórmulas que expide son indescifrables, y cuando reclamo que no le entiendo, me responde, ufano, es letra de médico.

Lo recordé, al terminar la crítica de Bejar sobre la literatura de Reinaldo Arenas y de Roberto Bolaño, de quienes acababa de leer, del primero, *El cometa Halley* y *Con los ojos cerrados*, y del segundo, *el Ojo Silva* y *Los últimos atardeceres en la tierra*.

Encantadores cuentos para una tarde de placeres literarios. Obras llanas, en las cuales no concurren más tropos que los necesarios, y fue rasurada la escritura, para eliminar subterfugios artificiales. Son textos premeditada y cuidadosamente superficiales.

Mantienen una temporalidad propia, no necesariamente lineal, que atrapa de principio a fin, porque en los dos, la postmodernidad aflora en lo imprevisible, en la tragedia agazapada tras una frase, en el peligro latente al voltear la hoja; en la sorpresa que impacta, y en la trasgresión de lo urbano con todos sus valores. El realismo de los dos escritores aborda a los personajes por la psiquis, y los desborda por ella misma.

Pero al terminar de leer el ensayo crítico de Bejar, *La textualidad en Reinaldo Arenas, juegos de la post modernidad*, a través de los ojos de Burgos, encontré varias sabias contradicciones, que me plantaron en la pantalla, la letra patoja de mi hermano, letra que el boticario descifra, pero no se atrevería a interpretar. Mi hermano no receta Sanax y metilfenidato en la misma fórmula, para el mismo paciente.

Claro que la gracia de un crítico radica en la interpretación, y en decirle al escritor que lo que quiso decir, no es lo que dijo. Algunos pintores aparecen de incognito, en sus propias exposiciones, a escuchar lo que los críticos determinan, para saber, qué fue lo que pintaron.

Indudablemente en Burgos y Bejar hay academia y exudan erudición, pero les encontré zarandajas que son tanto más notorias por su alarde, y que seguramente

hubieran sido leídas con estupor por el propio Arenas, antes de desternillarse de la risa, si es que le quedaban ganas de reír, por la crueldad del mundo que le tocó.

Advierto que es respetuosa mi crítica al crítico, y que no está enfocada al análisis, que es serio, sino a la manera de expresarlo. Es una manía de los filósofos, que no tiene por qué contagiar la literatura.

Ante la oscuridad de la crítica de Bejar, no tuve más remedio que buscar la novela *Celestino antes del alba*, para ratificar que Arenas maneja la simplicidad magistralmente, y de paso, cavilar, cuántas horas tendría que haber dedicado a detectar y corregir falsas complejidades literarias, de las que brotan en sus críticos.

Afortunadamente Luis Bautista Boned, en *Reinaldo Arenas, bajo el signo de Dioniso*, los reivindica. Es un crítico agudo y entendible, porque entiende lo que critica.

Retornemos a Burgos, para evitar que en el aire queden asertos no sustanciados.

Burgos es superlativamente admirador de *“La textualidad de Arenas, concebida por Bejar como un entretejido lingüístico pluricursivo”*

Burgos afirma, y luego desafirma (castellano antiguo, del muy noble Condestable D. Álvaro de Luna) que: *“La tesis central de Bejar sostiene que la escritura de Reinaldo Arenas no tiene correspondencia con la sistematicidad de una modelación estética determinada, es más bien una compenetración simultánea en una diversidad de discursos, y al mismo tiempo una evasión de todos ellos.”*

“Escritura de desmantelaciones... dispuesta a hacerse barroca para luego liberarse de los excesos o llana a simplificarse para estallar en significaciones y en simbologías rebeldes a traducciones y a desciframientos unívocos.. en ambos casos, hay una actitud que elude lo programático y lo institucional, que busca siempre la vertiente de las marginalidades. La historia no está percibida como una progresividad recuperadora de las potencialidades del individuo, sino como una totalización pesadillesca. Frente a la capacidad anulante de esa historia, la respuesta es la invención de su parodia junto a una búsqueda de conocimiento a través de lo alucinante, solo que el conocimiento no es una medida del saber, sino una penetración en los procesos de la imaginación.”

La historia es “totalización pesadillesca”, así que si se nos dispensa, podemos ser consecuentes con la doctoral erudición de Bejar y Burgos, acogiéndonos al mismo Arenas, en su *Cometa Halley*:

“No olvidemos que aquéllos (como todos) eran tiempos mediocres en los que la estupidez se confundía con la inocencia y la desmesura con la imaginación.”

¡Filosoficallería, pura filosoficallería! expresaba Bartolomeo III en *La Improvisación del Alma*, de Eugene Ionesco, un drama del teatro del Absurdo, en el cual el autor se burla de sus críticos, Roland Barthes, Bernard Dort, y Jean Jaques Gautier.

Hay en Arenas, referencias a García Lorca y a García Márquez, a veces escondidas, a veces explícitas: “El amor en los tiempos del vómito rojo” y en la continuidad del drama de Federico García Lorca, maestro de las oscuras claridades de la metáfora, y el más popular, pese a su densidad literaria.

Luis Bautista Boned es otra clase de crítico. Directo, de lenguaje llano y moderno. Inicia con una descripción de Manrique, sobre el lamentable final de vida de un escritor tan formidable:

Subí las escaleras de su edificio y llamé al telefonillo. El edificio no tenía ascensor y su apartamento estaba en el último piso, el sexto. Al final de las empinadas escaleras llamé a la puerta. Oí lo que parecía un torpe accionar de cerraduras y cadenas, lo cual incluso en Times Square parecía excesivo. La puerta se abrió y ahogué un grito de asombro. Los atractivos rasgos de Reinaldo estaban horriblemente deformados: media cara se veía hinchada, morada, casi quemada, como si estuviera a punto de caerse. Estaba en pijama y zapatillas. No puedo recordar si nos dimos la mano o no, o lo que dijimos en ese momento. Todo lo que recuerdo es que una vez estuve dentro empezó a poner las cadenas y los cerrojos, como si temiera que alguien fuera a echar la puerta abajo. (Manrique, 1999: 117)

Para finalizar, estas frases de Arenas en Celestino antes del alba:

Mi madre acaba de salir corriendo de la casa. Y como una loca iba gritando que se tiraría al pozo. Veo a mi madre en el fondo del pozo. La veo flotar sobre las aguas verdosas y llenas de hojarasca. Y salgo corriendo hacia el patio, donde se encuentra el pozo, con su brocal casi cayéndose, hecho de palos de almácigo.

Y

«Eso es mariconería», dijo mi madre cuando se enteró de la escribidera de Celestino. Y ésa fue la primera vez que se tiró al pozo.

Roberto Bolaño es fiel representante de la literatura sin afeites, propia de la postmodernidad, en él vuelve a ser importante la temática con un hilo conductor,

que no pretende confundir premeditadamente como pasa con Rayuela, o Cien años de Soledad, que fueron escritas para la élite, para intelectuales, según advirtieron las editoriales, y por eso los libros se agotaron.

El Ojo Silva, un homosexual que rescata dos niños de un prostíbulo donde han castrado uno y van a castrar al otro. Es una narración lineal anecdótica, con algunos vestigios de realismo mágico, como el ritual, y la casa llena de cuartitos minúsculos, donde fornican los putos, y que luego se convierte en el gran hogar de muchas familias.

Últimos atardeceres en la tierra, es también un relato descriptivo, hiperrealista, minucioso, que se lee casi como el enunciado de una ecuación matemática. En él, ni los protagonistas ni nadie tiene nombre. Todos son genéricos, como el guachinango, la iguana y la caguama; como la puta de blanco que hace guagüis a B, la rubia que está de pie, las que beben tequila con coca-cola.

Tan solo tienen nombre propio quienes merecen nombrarse, los poetas, los artistas: Gui Rosey, Longfellow, Lucha Villa y Lola Beltrán.

Se percibe el trabajo de Bolaño, limando asperezas literarias, y su experimentada pluma, que nos conduce, funámbulos, sobre tramas tranquilas que se crispan por momentos, como cuando menciona tiburones en el instante que B entra al mar, buscando la billetera de su papá, o como cuando llegan al bar, a jugar la trampa de la muerte.

Alardean Burgos y Bejar, ante nosotros, de su sabiduría, como el padre de B, ante el ex clavadista, de los muchos billetes que trae encima.

Mario Javier Pacheco

Webgrafía

Reinaldo Arenas, bajo el signo de Dionisio. Bautista Boned Luis. Cuadernos del Aleph 2011. Consultado en julio 20 de 2015. Visible en: <file:///C:/Users/Mario%20Javier/Downloads/Dialnet-ReinaldoArenasBajoElSignoDeDioniso-4044637.pdf>

La letra Palmer. 2013. Campiño María, Muñoz Excelmery y Calderón Martha. Consultado en julio 19 de 2015. Visible en: <http://repositorio.utp.edu.co/dspace/bitstream/11059/3731/1/372634C196.pdf>

Desafirmar. 1543. Cronica de D. Alvaro de Luna: condestable de los reynos de Castilla y Aragón..., Volumen 6. Digitalizado por Google. Consultado en julio 22 de 2015. Visible en: https://books.google.com.co/books?id=5F48AQAAIAAJ&pg=PA350&lpg=PA350&dq=desafirmar&source=bl&ots=O8Sj0_JY9f&sig=Gq2FZL7xdTYn8LGq1QV_hi9rKuE&hl=es&sa=X&ved=0CB8Q6AEwATgKahUKEwjShKWGLE_GAhWB1YAKHQD-D54#v=onepage&q=desafirmar&f=false

Poemas del purgatorio. De Guy Rose. 2011. Consultado en julio 21 de 2015. Visible en: http://poemasdelpurgatorio.blogspot.com/2011_08_01_archive.html

La improvisación del alma. Ionesco. El sótano colectivo teatral 2010. Consultado en julio 22 de 2015. Visible en <http://colectivoelsotano.blogspot.com/2010/03/la-improvisacion-del-alma-la.html>